

Emir Rodríguez Monegal, el príncipe

por Suzanne Jill Levine



Como lo dice su nombre, Emir Rodríguez Monegal fue un príncipe. Su madre, que él calificara de fantástica, al leer *Las 1001 noches* durante su embarazo, encontró la palabra Emir, reiterada en todo el libro, y decidió ponerle ese nombre a su hijo. Igual que el Verbo, ese nombre anunció la realidad y se convirtió en un destino. Fue un príncipe entre eruditos y escritores, un príncipe de libros. Alguna vez Severo Sarduy dijo que había sólo dos hombres en América Latina que disponían del saber enciclopédico, del saber total: Borges y Lezama Lima. Pero casi enseguida debió agregar otros dos a esa lista selecta: Octavio Paz y Emir Rodríguez Monegal. El profesor John Coleman, citando a Parménides, me decía después que los seres humanos se dividen en dos clases: los que tienen opiniones y los que saben. Pero Emir, único, como señalaba John, combinaba los dos. Era de los pocos que sabían *todo* lo que había que saber sobre Literatura y además tenía opiniones críticas muy claras. Quizás por eso muchos de sus colegas académicos se sentían amenazados, ya que Emir no era sólo un profesor como lo informaba la insuficiente nota necrológica que evidentes burócratas de la Yale University enviaron al *New York Times* (noviembre 19). Era un verdadero *homme de lettres* un escritor al nivel de los novelistas y poetas y ensayistas a los cuales dedicó su inteligencia y su arte de escribir.

Fue una lástima que haya esperado tanto para escribir sus memorias. Hizo el primer tomo en dos meses, durante abril-mayo 1985, después de enfermarse. Esa es una historia en tres ciudades: Melo (una localidad provinciana donde nació, cerca de la frontera con Brasil), después Montevideo y después Rio de Janeiro, donde pasó una infancia tumultuosa. Pensaba escribir siete tomos, y estaba en el segundo cuando falleció. Ese segundo volumen se llama "El taller de Saturno" y era la historia de los años en que colaboró como crítico literario de *Marcha*.

Y fue también una lástima que no haya seguido los consejos de Bioy Casares, formulados hace treinta años, compartiendo un viaje transatlántico. Entonces Bioy insistió en que Emir debía escribir narrativa, pero la verdad es que todos sus libros de crítica, y en particular sus penetrantes biografías literarias, como las de Acevedo Díaz, Quiroga, Bello, Neruda, y Borges, se leen como novelas. Las estructuras de esos textos su lenguaje fluido la manera en que Emir revela lo real y lo mágico de esas vidas, sugieren algo más que una biografía. Y también son, ciertamente, autobiográficas, como toda auténtica literatura. Porque Emir era un escritor

El siguiente texto sobre Emir Rodríguez Monegal fue escrito para la revista norteamericana Linden Lane por la profesora y traductora Suzanne Jill Levine, poco después del fallecimiento del prestigioso intelectual uruguayo. Había excelentes motivos para que la revista pidiera un texto suyo sobre el tema. Además de su especialización en literatura latinoamericana (como traductora de Severo Sarduy y de Bioy Casares, entre otros), la popular "Jill" fue compañera de Emir durante una buena parte de su permanencia en Estados Unidos, más numerosos viajes al exterior. Pocas personas llegaron a conocerle tanto. La traducción siguiente corresponde a solo una parte del testimonio original. (Homero Alsina Thénvet)

que —al revés de su padre literario Borges, "el lector como escritor"— se dedicaba a la lectura.

Emir fue comparado con el clásico y erudito Samuel Johnson, que fue uno de sus ingleses favoritos. Como lo dijera un amigo norteamericano, tras haber leído los textos de introducción que Emir preparó para la *Borzoí Anthology of Latin American Literature*, "Monegal tiene el ingenio del doctor Johnson, pero con más tacto". Ese lector obviamente reconoció las bofetadas que Emir dió allí, pero con guantes de seda, a las "vacas sagradas" de la literatura latinoamericana.

La muerte de Emir a los 64 años

fue tristemente prematura. Tenía todavía mucho que dar y que producir: sus memorias, el libro de las culturas, otro sobre la parodia en la narrativa latinoamericana, por mencionar sólo algunos de los proyectos que me había enunciado. Se había prometido vivir hasta los 90 años, como Picasso, y no pudo cumplir con su promesa. Mi horror originario ha sido siempre perder a la gente querida, pero parece que todo está prefigurado. El destino de Emir fue una inversión irónica de lo que él mismo escribiera sobre Andrés Bello, quien en 1827 "se sentía viejo y liquidado. No podía saber (nadie sabe estas cosas) que tenía por delante más de treinta años de fecundísima actividad". Nadie sabe esas cosas.

Debo agregar dos puntos a este testimonio. Uno es que junto a Emir, a través de muchos años y proyectos, conocí a varias de las "grandes figuras" actuales de la literatura latinoamericana. Puedo decir claramente que como persona *total*, como escritor y como ser humano, Emir fue tan o más notable que cualquiera de ellos. Y por último, y aunque la improvisación de estas líneas es sólo un principio, quiero dejar constancia. Cuando Emir estaba entre nosotros, y pese a que yo estuve junto a sus artículos y a sus libros, opté (igual que muchos otros peregrinos a la Meca que era New Haven Connecticut) más por escucharle que por leerle. Ahora lo único que me queda, además de los recuerdos, es el conjunto de sus libros. Quizás por fin le voy a conocer de verdad. "El que busca, en cualquier libro encuentra lo que quiere", escribió Bioy Casares en su cuento "Mito de Orfeo y Eurídice". Pero ya sé que mis relecturas me van a comunicar lo que Emir escribiera sobre el venezolano en la introducción a su ambicioso libro *El otro Andrés Bello*: "Fue un asimilador y un orientador. Hizo obra de maestro y de varón americano, la mejor obra, la más necesaria siempre."